

## PALABRAS FINALES EN EL HOMENAJE DE ALCALÁ LA REAL. 25 de Noviembre de 2014.

Al final de nuestras vidas, dice San Juan de la Cruz, seremos juzgados en el amor. Al final de la tarde es la hora en que volvemos a casa con gusto para encontrarnos ante una misma mesa y compartir el pan, el vino, los manjares preparados, la palabra y, sobre todo, la amistad. Al final de lo noche es la hora en que nos encontramos cada uno de nosotros con nosotros mismos para reflexionar sobre lo que hemos hecho de bueno o de menos bueno durante el día. Pues bien, también al final de este día, de esta jornada de estudios varios, jienenses e isidorianos, os habéis reunido conmigo para ofrecerme este homenaje envuelto en la más sincera y sencilla amistad. Con las palabras de siempre, con las únicas: MUCHAS GRACIAS.

Pero, después de dar las gracias a Silvia, José María y Joaquín por sus cariñosas palabras, y a los organizadores de estas jornadas y de este acto que sin duda no me merezco, pero que me agrada mucho, me permitiréis que me alargue unos breves momentos para manifestar mi gratitud por vuestra amistad, por vuestro cariño, entrelazada con alguna reflexión sobre mi persona y mi actuar, esos dos motivos que antes atribuía al atardecer, a la noche: el momento de reunión amistosa y el momento de un pequeño examen de conciencia.

Mirad, hay una canción de Mari Trini (que a mi hijo no le gusta, pero que si le gusta a mi nieta, Ana, a la que yo se la he enseñado), no sé si la letra será suya, que dice: ¿“Por qué a mí se me ha caído una estrella en mi jardín”? Pues bien, acercándome a los ochenta años y mirando hacia atrás una y otra vez me he preguntado y me pregunto ¿Por qué a mí, a lo largo de toda mi vida, una y otra vez, se me ha caído una estrella en mi jardín?

No es que a lo largo de mi vida no haya habido momentos duros y difíciles: cuando solo tenía 17 años murió mi padre, a quien tanto quería, gracias al tesón de mi madre y de mi hermano, Gamaliel, me resulta muy agradable citarle en esta reunión, toda la marcha de la familia se mantuvo bien; el 26 de enero, viernes, de 2007, mi hermano, asaltado una y otra vez por depresiones, se fue ¡que terrible suceso! nunca lo he entendido, pero le sigo queriendo igual que siempre porque era el mejor de todos los hermanos. En mi vida se han producido otros momentos y épocas de duda, de frustración, de deseos e intentos de volver a comenzar. Pero sobre todo este panorama de momentos duros y difíciles, destaca ese continuo llegar a mi vida, a mi jardín, una y otra estrella de bondad, de felicidad, de paz.

He podido estudiar, obteniendo los títulos respectivos en tres Universidades distintas, y de 1956 a 1961 estudié en la Universidad Gregoriana de Roma, cuando era tan difícil salir a estudiar al extranjero.

Me he dedicado desde octubre de 1961 hasta hoy, 53 años, a la enseñanza, lo que más me gusta, lo que me hace feliz: el poder dar algo de mí, el poder servir en algo a los demás, el poder iluminar, encauzar, ilustrar, ayudar intelectual y humanamente a los demás, a mis alumnos y a aquellos de entre ellos que han querido trabajar conmigo. Ésta ha sido mi vocación, mi ilusión, que, desde mi pequeño punto de vista, he logrado llevar a cabo plenamente, me ha hecho un hombre realizado y me ha hecho y me hace un hombre feliz. No he querido saber para mí, no he querido estar encerrado en una alta torre de marfil, admirada por todos, pero a la que nadie pudiera acceder. He querido saber para poder comunicarlo a los demás, he trabajado por estar a la altura de mis alumnos, de los que me escuchaban, de los que me seguían, de los que orientaba, entregándoles mi pequeño saber, haciéndoles partícipes de mis conocimientos, de mis puntos de vista, de mis reflexiones, para que ellos dispusieran tranquilamente de mi legado. Jamás he buscado, consciente ni inconscientemente de beneficiarme sigilosamente o arteramente del saber, de los hallazgos de mis alumnos y discípulos. En último término les he invitado a compartir.

Tengo una esposa sencilla, humilde, trabajadora que me quiere, un hijo extraordinario que se casó con una muchacha de Utrera llena de hermosas cualidades y que se ha convertido plenamente en mi hija y tengo dos nietos, quizás como todos los nietos para sus abuelos, Israel y Ana. que colman mi felicidad.

En el curso 1970-71 comencé la docencia universitaria. En enero de 1978 saqué las oposiciones de, entonces se llamaban adjuntos, después titulares de Historia Medieval en la Universidad de Sevilla, no puedo callar la ayuda que me prestó don Miguel Ángel Ladero Quesada. La cátedra me costó más, pero a la tercera fue la vencida. Está claro que no soy el sabio Salomón. Después me hicieron emérito e impartí clases en la Universidad de Sevilla hasta febrero de 2009, ayer mismo.

Durante tantos años la docencia la he compaginado con la investigación y publicación y están publicados una veintena de libros y numerosos artículos, los que, como nos ocurre a casi todos, unos serán malos, la mayoría medianucos, y, quizás, alguno merezca la pena.

Tengo cientos, miles de alumnos. Primero los alumnos de segunda enseñanza, pocos. Después y durante muchos años los alumnos universitarios. Siempre me he sentido satisfecho de todos los cursos. En la Universidad de La Laguna algún curso tuve grupo de la mañana, de la tarde y de la noche. En los primeros cursos en la Universidad de Sevilla tuve hasta cuatrocientos alumnos en dos grupos, doscientos por la mañana y doscientos por la tarde. Después se han ido reduciendo y terminé por tener cursos entre 15, 20 o 40 alumnos, pero siempre he quedado contento de mis alumnos. ¿Han asistido todos a clase? No. ¿Han atendido todos a mis explicaciones? No. ¿Se han preocupado todos con el mismo interés de mis

lecciones? No. ¿Han aprobado todos? No, siempre he suspendido y bastante, es decir lo que me parecía justo. Pero siempre hubo un grupo, el 30, 20, 10% que atendía, que preguntaba sobre lo que estaba explicando, que querían hacer un trabajo (cuando comenzó la moda de hacer trabajos), que se encontraban, no sé como decirlo, a gusto, de acuerdo con mis explicaciones y con mi modo de ser. En un Departamento donde había un Catedrático-Director del mismo, don Manuel González Jiménez, - aprovecho este momento para manifestarle públicamente mi gratitud por su amabilidad, por su amistad y por lo bien que se ha portado conmigo-, mucho más preparado que yo, es normal que se trajera a la casi totalidad de alumnos que querían trabajar en una Tesis Doctoral. Yo quise dirigir Tesis Doctorales y un día, José María Miura, el alumno más inteligente que ha pasado durante los años de mi docencia en Sevilla por el Departamento de Medieval me dijo que quería trabajar conmigo y escribir su Tesis de Licenciatura y su Tesis Doctoral; pero antes ya se había incorporado Juan Antonio y Miguel Ángel, y después Luis, Antonio, Silvia, otro Antonio, Macarena, Juan María, Rafa, Lourdes, no sé si olvido a alguno. Y creamos el grupo de investigación C.E.I.R.A. y publicamos y ... y todas las Tesis Doctorales y de Licenciatura se han escrito en mi casa y Charo, mi mujer, los ha prohijado y se ha creado una corriente de amistad entre todos, y todos los años nos seguimos reuniendo antes de Navidad para desearnos paz y felicidad y para estar juntos y sentir y darnos cuenta que sigue corriendo entre nosotros, que se mantiene viva entre nosotros la amistad, que es lo mas grande.

Hace diecisiete años, el segundo año de su existencia, me llamó don Adolfo González, Vice-Rector de la Universidad y me pidió que me encargara de organizar la sección de humanidades del Aula de la Experiencia y hasta hoy ¿Cómo puedo yo hablar, con qué palabras tengo yo que expresar la felicidad que ha supuesto para mí impartir lecciones en el Aula de la experiencia de la Universidad de Sevilla?. No tengo palabras, no sé cómo, con qué palabras puedo yo agradecer el bien, la felicidad que me ha dado el Aula, sus alumnos, su directiva. Los alumnos del Aula para mí, creo que para todos, son doblemente atentos. Son atentos en clase, porque muchos atienden a las explicaciones, las siguen, te preguntan sobre el tema, se interesan y algunos quieren hacer algún trabajo sobre los temas explicados o tratados. Son atentos en la calle, porque no hay uno que me vea en la calle y no me salude cariñosamente. He dicho y lo repito que si un día no voy al Aula a impartir mi lección es porque he muerto el día anterior.

¿Por qué a mí se me han caído tantas estrellas en mi jardín? No lo sé, no es por mi sabiduría, que no la tengo, no es por mi valor, porque soy un hombre débil. Cuando pienso en mí mismo, en mi persona, en mi actuación tengo la seguridad de que todo lo he hecho con ilusión y convencido de que lo que hacía era bueno, de que lo que exponía, enseñaba era, desde mi

punto de vista, la verdad, lo que yo creía en aquel momento, y con esa seguridad relativa lo expuse y lo expongo; en algunos temas, problemas, he evolucionado, porque he seguido estudiando, leyendo, informándome; pero siempre, siempre, siempre con la misma ilusión. Me describo a mi mismo, y en alguna publicación lo he dejado escrito, como una barquilla, vieja, ajada, pero sencilla y cómoda, amarrada a la orilla, con dos remos y dispuesta siempre a partir, con ilusión.

Y la última singladura ha sido este maravilloso grupo de trabajo sobre San Isidoro del Aula de la Experiencia de la Universidad de Sevilla integrado por unos componentes que van por delante de mi y me llevan no sé si como el dueño al perro arrastrado por el bozal o como el perro que arrastra y hasta tira del dueño.

Voy a seguir luchando entre los días de fuerza, de ilusión y los de desencanto y desilusión, entre el ser y el no ser, entre la luz y la oscuridad, entre la ciudad de los hombres y la ciudad de Dios, entre la victoria y la derrota, entre el árbol erguido que a veces aparento ser y el “río echado, sin rumor, vacío”, que escribiera Blas de Otero, vencido, como en algunas ocasiones me encuentro.

Y ahora, después de esta larga enumeración de estrellas que han caído, inesperadamente, inmerecidamente en mi jardín, solo me queda decir GRACIAS.

Gracia a mi esposa, a mis hijos a mis nietos. Gracias a mis padres y hermanos y toda mi familia. Gracias a mis alumnos, especialmente a los que quisieron que yo iluminara, marcará los primeros pasos de su trabajo investigador; gracias a Silvia, José María, Juan Antonio, Rafa, Miguel, aquí presentes, gracias a los integrantes del grupo C.E.I.R.A, gracias a la Universidad de Sevilla, gracias a los alumnos a mis alumnos en la Universidad de Sevilla, Gracias a los integrantes de mi Departamento de Historia Medieval y Ciencias y Técnicas historiográficas, que no hay ninguno presente. Gracias al Aula de la Experiencia de la Universidad de Sevilla y a estos de sus alumnos y algunos otros que forman el “grupo de trabajo sobre San Isidoro del Aula de la Experiencia de la Universidad de Sevilla” y que mi hijo ha llamado “Isidorianos profundos”, gracias a Joaquín, Manolo, María Fernanda, Rosa, Sebastián, Alejandro, Emilio, Simón, Javier y la última, porque es la más joven, pero la que más trabaja una Esperancita que yo conocí como Bibliotecaria del Departamento de Medieval hace 20 años y ahora se ha convertida en un fuerte fundamento del grupo isidoriano, gracias a doña Rosa Ávila, directora del Aula que me honra con su aprecio y amistad. Gracias a Paco Toro, José Rodríguez Molina, Juan Antonio Linaje, porque ellos son los que han promovido este acto y ellos son, desde hace mucho tiempo, buenos amigos.

Pero como soy creyente cristiano católico, aunque imperfecto y limitado y lleno de infidelidades, para con Dios y para con los demás y no

tengo miedo a confesarlo, daré gracias a Dios el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. No lo haré con mis palabras, sino con las del gran poeta que fue José Luis Martín Descalzo que escribió cuando notó que un “ángel rojo” había invadido su vida, y yo lo subscrito:

“En medio de la sombra y de la herida  
me preguntan si creo en Ti. Y digo  
que tengo todo cuando estoy contigo  
el sol, la luz, la paz, el bien, la vida”.  
MUCHAS GRACIAS.